

Josep Fontana: "Si no ve otra solución, el Estado es capaz de llegar a la suspensión de la autonomía"

Pep Martí

16 septiembre 2017

(Traducción de Jordi Domènech)

El historiador Josep Fontana (Barcelona, 1931) probó el gusto por la historia en el comedor de la casa de Ferran Soldevila, en las clases clandestinas de los Estudis Universitaris Catalans. Luego fue discípulo de Vicens Vives. Profesor emérito de la UAB y la UPF, fue director del Institut Universitari d'Història Jaume Vicens Vives de la UPF durante diez años. Nació en el año de la proclamación de la Segunda República. Ahora contempla el proceso por fundar otra nueva república con la pasión del ciudadano y la frialdad analítica de quien tiene una perspectiva histórica.

Responde de forma crítica, jarro de agua fría incluido, a las preguntas de *NacióDigital*. Su último libro es *El siglo de la Revolución* (Crítica), una mirada al mundo actual. Su personaje histórico favorito es el pueblo de Cataluña, el que luchó en 1714, el que combatió al franquismo, el que ahora quiere votar. Para él, el mañana es lo que hoy construímos, juntos, todos conjuntamente.

¿Qué hará el 1 de octubre?

El único problema serio que pudiera tener el 1 de octubre para ir a votar es mi dificultad para desplazarme. Dependerá mucho de dónde pongan la urna. Yo he ido siempre a votar, pero nunca en el estado de debilidad física de ahora. Pero soy de quienes creen, sin duda, que hay que respetar el derecho de los catalanes a manifestar su voluntad. Otra cosa es lo que piense qué puede resultar de todo esto.

Ha sido muy crítico con algunos planteamientos en torno al referéndum.

Es que hay una cosa de sentido común. Hay quien da como prácticamente hecho que el paso hacia la independencia está al alcance de la mano. Hay un elemento decisivo, que es que el Govern catalán ha de pedir al del Estado español que haga el favor de retirar de Cataluña sus fuerzas armadas y policiales que, además, sabemos que ahora están

multiplicadas, y que se resigne a perder más del 20 % de su PIB... Hay quien dice que Europa influirá en Madrid. Hasta ahora, Europa no ha mostrado ningún deseo por entrar en un problema que podría multiplicar los problemas internos de algunos Estados. Esa cosa mágica de pensar que esto se puede conseguir fácilmente, no la entiendo. Aparte de esto, hay un sector de gente joven, preparada, que tiene por delante un panorama colapsado, en el cual el mejor horizonte es obtener un trabajo de becario mal pagado en una institución financiera. Y quienes no llegan a tanto, trabajar en un supermercado como reponedor de mercancías. Esta gente está angustiada y cree que peor no le puede ir. Yo entiendo la ilusión de la gente y lo que me angustia, si esto termina en frustración, es qué efectos podría tener sobre la gente y sus aspiraciones. Pero eso no significa que tengamos que resignarnos. Creo que hay que seguir luchando.

Conoce muy a fondo los mecanismos de este Estado. ¿Qué cree que hará de aquí al 1-O?

El Estado no permitirá que haya un referéndum. Con el 9-N se equivocaron. Creyeron que aquello sería una broma de la cual podrían reírse fácilmente. Comprobaron que no era así. El gobierno español está comprometido en que no habrá referéndum. Por el momento, ha enviado policías y guardias civiles a montones. Están intentando neutralizar a los Mossos d'Esquadra. Parece que, si no ven otra solución, son capaces de llegar a la suspensión de la autonomía. Quieren que la situación se encamine hacia unas nuevas elecciones autonómicas, esperando que ello se cargará al núcleo directivo de la antigua Convergència y de la CUP, y con ERC ya intentarán negociar. Pueden intentar limitar el voto en algunas comarcas, evitándolo en la conurbación de Barcelona, y evitando hacerlo con un nivel de violencia que pudiera aparecer como brutalidad.

¿No confía en una intervención de la UE?

Yo nunca he creído en los cuentos de hadas. Es evidente que habrá sectores de la opinión europea que nos apoyarán. Pero hay que recordar que durante la guerra civil un amplio segmento de la opinión pública mostró su simpatía por la República, mayoritariamente, pero los Estados no hicieron nada. Quiero insistir en que la ilusión de la ciudadanía está más que justificada. Pero que esté justificada, que tenga razón, no significa que tenga unos objetivos posibles a corto plazo. Y lo que debemos procurar es que, pase lo que pase, no se debilite la capacidad de luchar para recuperar derechos y libertades.

Ha afirmado que la independencia sólo es posible con un pacto o con una guerra.

Es que parece que son las dos únicas maneras de conseguirla. Puede ser por medio de un acuerdo, como en Chequia y Eslovaquia, pero es una situación inviable aquí. La otra manera es tener la fuerza suficiente para imponerte.

¿Un referéndum a la escocesa?

Sí, pero ni en Escocia ni en Quebec se han salido con la suya. Después de la Segunda Guerra Mundial, el único caso real de disolución de un Estado para crear países soberanos fue Yugoslavia. Y, en primer lugar, la UE actuó allí afirmando que aquello era una federación integrada por naciones. Y, en segundo lugar, había intereses vitales. El primero que actuó sin esperar la opinión de la UE fue Alemania, que tenía un interés especial para lograr la independencia de Eslovenia, que se halla bajo su sombra económica. La independencia de Croacia se consiguió con la intervención de la OTAN, gracias no a unas negociaciones sino a la guerra. Y si la perdió el núcleo duro del Estado yugoslavo, que era Serbia, fue porque la OTAN intervino en contra.

Nunca como hasta ahora desde el Estado se había repetido que España es una nación de cinco siglos, como ha dicho el mismo Mariano Rajoy.

Esto es una tontería que no tiene pies ni cabeza y se basa en la absoluta ignorancia de quien lo afirma. Podríamos entrar en una discusión maliciosa sobre qué significa nación, pero si lo reducimos a la conformación de un Estado nacional, España como Estado nacional data del siglo XIX. Afirmar que España tiene cinco siglos es una tontería. Fue en el siglo XIX cuando se organizó de manera centralizada, cuando estableció un sistema electoral y una bandera. No hay que olvidar que la oficialidad de la bandera española es del reinado de Isabel II, a mediados del siglo XIX. La bandera española era la blanca de los Borbones. Como distintivo fue creada durante el reinado de Carlos III, pero sólo para la marina. En aquel entonces había cinco Estados borbónicos en Europa, todos tenían marinas y no siempre estaban de acuerdo. Carlos III eligió entonces un dibujo, que tomó inspirándose en el prestigio de la marina catalana. Pero como bandera española no surgió hasta el reinado de Isabel II. ¿Por qué? Pues porque antes no había un Estado español. Y en las batallas que tuvieron lugar anteriormente en el reinado de Fernando VII hubo confrontaciones entre los voluntarios reales y los voluntarios llamados nacionales. Porque la idea de nación era subversiva. Hablar de nación respecto de un Estado compuesto como el del siglo XVII, cuando cada territorio tenía su lengua, instituciones y moneda, no tiene ni pies ni cabeza.

¿Hasta qué punto esta construcción nacional española tuvo escaso éxito?

Bueno, sí se creó una estructura nacional, que se fabricó no sobre la idea de la absorción de lo que fue la Corona de Aragón por la Corona de Castilla. La burguesía catalana llegó a aceptar, a finales del XVIII, renunciar a la lengua, pero no una plena absorción dentro de un Estado en el que predominaban los intereses agrarios de los grandes propietarios andaluces y castellanos. Se sentirán marginados dentro de un Estado español que no tendrá una política industrial en todo el siglo XIX. No cree en la industria. El Estado español considera que eso de la industria sólo trae problemas, malestar y división social.

¿Qué tienen los Borbones, expulsados en diversas ocasiones, pero que siempre regresan?

¿Qué tienen? Que se han encontrado con poca competencia. Cuando cae la Primera República, en 1873, no regresa Isabel II, que había sido derrocada, sino su hijo Alfonso XII, el cual es considerado como una persona nueva, que parece desvinculada de las corrupciones de la Corte de la madre. Cuando muere Franco, se realiza la transferencia a un Borbón porque pesa el respeto por la tradición histórica de la monarquía. Pero actualmente no creo que sea un factor muy relevante.

¿Cómo es que España gestiona tan mal sus crisis?

Los gobiernos de este Estado atienden sólo a unos intereses muy determinados. Cabe decir que hay una serie de problemas de fondo que se están produciendo en el Estado que no son muy bien percibidos. Hay toda una zona que va desde Galicia, buena parte de Castilla-León y Extremadura, que se está despoblando y empobreciendo de una manera terrible sin que seamos conscientes de ello. En Galicia hay una sociedad que vive prácticamente de la pensión de los abuelos y de lo que cultivan en pequeños huertos, y la juventud no tiene ningún estímulo que pueda retenerla. Una ciudad como Salamanca, en Castilla, está afrontando una pérdida de población muy fuerte. La política económica que se lleva a cabo no actúa sobre estos problemas. Basta con ver cómo los recursos del Estado se pusieron generosamente al servicio del rescate bancario y lo que esto nos ha costado a todos. Los intereses empresariales, y sobre todo los del sector financiero-bancario, son determinantes. Desde los años 90 hasta hoy, los impuestos sobre los beneficios de las empresas han disminuido enormemente. Los ingresos del Estado derivan sobre todo del IVA y del Impuesto sobre la Renta, es decir, lo que pagamos la mayor parte de la población, las capas medias y populares.

¿Se imagina una suficiente acumulación de fuerzas en el ámbito del Estado para tumbar la actual mayoría política en Madrid?

El PP, a pesar de las evidencias sobre su corrupción y su ineptitud, continúa teniendo la mayoría, con la inestimable ayuda de esta invención bancaria que es Ciudadanos, presidida por un funcionario en excedencia de la Caixa. Y el PP tiene perspectivas de seguir controlando el Estado. Es un hecho preocupante, pero que se entiende si tenemos en cuenta que hay una gran bolsa de personas que cobra pensiones y cree que necesita asegurarse de que el mes próximo seguirá cobrando, y sólo desea preservar el mínimo de seguridad de que dispone. Tampoco me llena de entusiasmo pensar en un gobierno del PSOE si recordamos los precedentes. Si hemos de lograr mejoras, y debemos lograrlas, no nos vendrán regaladas por un gobierno más comprensible en Madrid, sino que deberemos arrebatárselas.

Fue discípulo de Vicens Vives y de Ferran Soldevila, dos grandes historiadores que a menudo se han contrapuesto.

Primero fui discípulo de Ferran Soldevila, y asistí a las clases clandestinas de los Estudis Universitaris Catalans que se impartían en el comedor de su casa. Allí encontré el gusto por la historia y decidí dedicarme a ella. Vicens era una figura que presentaba rasgos contradictorios, pero cuya catalanidad yo la he escuchado reivindicar por una persona como Josep Benet. Vicens entendía que lo que hacemos los historiadores sólo tiene sentido si es útil para el país. Yo difería de él en otras cosas.

Ha quedado la imagen de un Soldevila que sufrió en carne propia el franquismo mientras que Vicens, más pragmático, se aclimató.

Soldevila, en efecto, padeció mucho el franquismo. Pero cuando se estableció la dictadura, Vicens fue igualmente apartado de la universidad, y pasó unos años muy difíciles antes de conseguir una cátedra. Sí es cierto que hubo unos años confusos, a finales de los 50, en que aparecieron los señores del Opus Dei, que parecía que iban con ideas de modernización, y es posible que Vicens se lo creyera. Pero tengamos en cuenta que Vicens murió en 1960 y, por lo tanto, puede entenderse que en aquel entonces confiara en ello, pero él no recibió ningún beneficio del franquismo. Toda la estructura de investigación que quiso montar nunca encontró apoyos por parte de las estructuras oficiales. No era bien visto, contra lo que se creía.

¿Cómo definiría el estado de la historiografía catalana?

Creo que en los últimos veinte años se ha desarrollado con un volumen de investigación notable, el cual es difícil que tenga continuidad dada la forma en que se han recortado los recursos para la universidad y la investigación. Y que afronta el drama de ser totalmente ignorada por el conjunto de la historiografía académica española, absolutamente incapaz de leer en catalán y de interesarse por lo que se produce aquí.

¿Qué personaje de la historia de Cataluña le parece más fascinante?

A mí lo que me interesa es la gente, el conjunto de la sociedad. Mis entusiasmos se han producido en los momentos de calor colectivo, cuando vives en medio de la gente sintiendo lo mismo. Recuerdo las grandes manifestaciones contra la guerra de Irak y estar en la calle con los vecinos del barrio, junto con padres, hijos y abuelos, esto es lo que respeto y admiro. Como también el momento del esfuerzo colectivo que en los años 70 permitió presionar para la caída de las estructuras franquistas. Un momento que no tuvo un único personaje. Porque si para algo vino Tarradellas fue para hacer lo contrario, para obstaculizar que hubiera un pleno desarrollo popular. Por lo tanto, si hubiera un personaje que me ha fascinado ha sido el conjunto del pueblo de Cataluña como perso-

naje colectivo. El mismo pueblo que en 1714 luchó en Barcelona y que en las postrimerías de la dictadura protagonizó los grandes movimientos huelguísticos y de protesta.

Fue compañero de viaje del PSUC. ¿Cómo ve, en general, la situación de las izquierdas catalanas?

Me afilié al PSUC en 1957. Primero porque en la clandestinidad era lo más serio que había, y también porque tenía el programa que me parecía más coherente. Por eso, cuando me dicen que soy un comunista que se ha convertido en nacionalista, contesto que siempre he sido ambas cosas. A veces se olvida que el PSUC propugnaba el derecho de autodeterminación. Si me aparté fue después, durante la Transición, cuando creí que el PSUC se había alejado del programa, y la política ya no se hacía en la calle sino en el Parlamento. De todas maneras, siempre he seguido votando un PSUC que no existe en aquella fórmula que me lo pueda recordar.

¿Y cómo ve la situación de las izquierdas catalanas, con el proyecto de los comunes...?

Creo que hasta que no hayamos recuperado un mínimo de tranquilidad, hayamos superado la crisis económica y ya no estemos en medio del "proceso", será difícil ver el panorama. Hemos de dejar que transcurra octubre.

Este año se celebra el centenario de la Revolución rusa. En El siglo de la Revolución alude a otro proceso, el del mundo desde los inicios de la Primera Guerra Mundial hasta el triunfo de Donald Trump. Alude al miedo a la Revolución, un temor que facilitó el Estado del bienestar como una concesión del capitalismo. ¿El miedo ha sido una de las claves del siglo XX?

El miedo de los privilegiados a perder lo que poseen es un elemento dominante de la historia. Desde la Revolución francesa, la idea de que afuera hay una multitud esperando asaltar sus castillos, es un factor dominante. Lo que ocurre es que el miedo va acompañado a veces de un intento de ofrecer reformas y mejoras que permitan apaciguar el malestar. Lo que sostengo en el libro es que el comunismo ha sido un gran temor que ha conllevado un gran esfuerzo reformista, sobre todo después de 1945, cuando se abrió paso la idea de que era posible conseguir avances por medio de los sindicatos y la negociación. Esto duró mientras duró el miedo. Pero cambió hacia los años 70. Comenzó la desarticulación de los sindicatos, las rebajas de impuestos a las grandes fortunas y los recortes de los servicios sociales. Ha aparecido una nueva categoría, que nunca había existido, que es la del trabajador pobre, que tiene un trabajo, recibe un salario, pero que no cubre sus necesidades. Hace unos meses, una encuesta sobre la situación social en Barcelona, señalaba que un 11 % de la gente duerme en albergues públicos porque no dispone de una vivienda propia, aunque tienen trabajo y salen del albergue para ir a trabajar. Es una situación que amenaza extenderse por la crisis de la vivienda.

Finaliza el libro refiriéndose a la llegada al poder de Donald Trump. ¿Lo considera un fenómeno efímero o podría ser el inicio de una etapa aún más regresiva?

A un historiador nunca hay que preguntarle por el futuro... Cuando escribí sobre Trump fue en noviembre, cuando ganó las elecciones. Han ocurrido muchas cosas. Trump es un fenómeno que debemos estudiar. No parece que sea repetible en otros lugares. Está claro que es un peligro. Lo que es evidente es que sus promesas de resolver los problemas económicos no se han cumplido y no se ve la viabilidad de que pueda cumplir sus objetivos. En cualquier caso, nosotros ya tenemos bastante con Rajoy.

Hace unos años se produjo un debate respecto el supuesto "fin de la historia", a raíz de un artículo de Francis Fukuyama. ¿La historia tiene un sentido?

Eso de encontrarle un sentido lo hacemos cuando miramos hacia atrás e interpretamos el pasado. En sí misma, la historia no tiene ningún sentido. Aquella idea de que existía una especie de fuerza interna que nos conducía hacia el progreso, se ha revelado como absolutamente falsa. Otra cosa es nuestra capacidad para leer bien la historia y para entender dónde estamos y cómo hemos llegado hasta aquí. La historia es lo que hacemos entre todos cada día y depende de lo que hagamos mañana todos conjuntamente.

Fuente original:

"Josep Fontana: 'Si no veu altra solució, l'Estat és capaç d'arribar a la suspensió de l'autonomia'", *NacióDigital* (Barcelona), 16 septiembre 2017.

<http://www.naciodigital.cat/noticia/138269/josep/fontana/si/no/veu/altra/solucio/estat/capac/arribar/suspensio/autonomia>